

III

LA ENAMORADA LEAL

Andalucía, generosa tierra de flores y mujeres admirables, supo, hace muchos años, de una dama a quien la fortuna concedió todos sus privilegios: fué bien nacida y acaudalada; inteligente y hermosa; adorable y sensible, y respondió al bello y luminoso nombre de Luscinda.

En la ciudad, estuche de esta joya, vivía a la sazón un mozo tan feliz que por las prendas de su espíritu y los donaires de su figura mereció ser prometido esposo de la dama. Juntos se habían educado y se amaban desde niños, enlazados ya en la cuna por la estrecha amistad de los padres.

Llegada parecía la hora de realizar aquella ilusión juvenil, y ya Cardenio, que así se llamaba el doncel, había decidido pe-

dir a Luscinda en matrimonio, cuando cierto duque Ricardo, grande de España y dueño de un poderoso estado andaluz, con ánimo de favorecer al joven le solicitó para que sirviese de compañía a sus hijos, en calidad de camarada, llenándole de honores y de ofertas para lo porvenir.

Vióse el enamorado en la precisión de aceptar una merced tan graciosa, origen de muchas codicias, base de futuras ventajitas. Y, estimulado por su padre, triste al separarse de su novia, se resignó, valiente, a aplazar los desposorios hasta saber lo que le mandaba el Duque.

La despedida de los amantes estuvo llena de rendidas palabras y dulces sentimientos. Habláronse por la reja de Luscinda como otras veces, y se dijeron adiós con la esperanza de verse pronto y no separarse nunca.

Entre la opulenta familia que le aguardaba tuvo Cardenio mucha suerte y supo merecer, con las más finas atenciones, la singular confianza de don Fernando, segundo hijo del Duque, gentilhombre, mozo

de buenas prendas, apasionado y liberal.

Tan bien se avenían los dos amigos, que no tardaron para ellos las horas confidenciales, esos minutos de intimidad que prodiga la gente moza sin reservas ni temores.

Supo así don Fernando la clara historia de Luscinda, y conoció Cardenio otra menos resplandeciente, en la cual andaba el hijo del Duque engañando a una gentil labradora con pretexto de casarse con ella.

Algo pesaroso don Fernando de aquel galante compromiso, determinó darle como remedio la ausencia, y propuso al camarada un viaje a su ciudad.

No hay para qué decir cuánto celebró Cardenio la dicha de ir a reunirse con su amada, cuya memoria traíale desazonado y melancólico, a pesar del mucho regalo en que vivía.

Las nuevas entrevistas de los prometidos fueron tan cordiales y fervorosas como era de esperar. Y después de las pláticas por la reja el venturoso caballero se deshacía con don Fernando en elogios de Luscinda, levantando hasta las nubes la ponderación

de su hermosura, entendimiento y gracia; de tal modo que el prócer, ya muy picado por la curiosidad de conocer a la novia de su amigo, llegó a sentirse ansioso de admirarla.

En malhora, porque verla y prendarse de sus encantos fué todo uno, y como llegase a leer los billetes que ella escribía a su elegido, los halló tan discretos y donosos que la tuvo por la mujer más inteligente y despierta de todas; asegurando que reunía, juntos, los hechizos dispersos en las demás.

Así aumentó su deseo de lograrla, y siendo hombre antojadizo y vehemente, acostumbrado a vencer, no le detuvo en sus malos propósitos la amistad, ni contra ellos le avisó la nobleza que a sí mismo se debía.

Quiso a todo trance conseguir la dama que le había enamorado, y alejó al futuro esposo con la disculpa de que fuese a buscar dineros donde el Duque. Mientras le preparaba la ausencia prometíale facilitar la boda para el regreso, y el incauto galán

se marchó, por su desgracia, dejando esta vez a Luscinda llorosa y triste, como si padeciese la impresión de un mal presentimiento.

En casa del Duque, mediante una carta que el traidor amigo escribía a su hermano, detuvieron al novio muchos días, con grande impaciencia suya. Pensando estaba en dar al traste la tardía comisión para volar junto a su amada, cuando recibió en secreto un emisario con apremiante aviso de ella.

En angustiosos renglones le decía que don Fernando había pedido en matrimonio, y que su padre, olvidando por codicia el antiguo compromiso que la desposaba con Cardenio desde la niñez, iba a entregársela al hijo del Duque. La boda había de celebrarse en breve con mucho sigilo, dentro de la propia morada, donde sin amparo gemía la inconsolable doncella. Pedíale a Cardenio con encendidas frases que corriese a salvarla, y le encarecía el amor y la solicitud con que estaba dispuesta a guardarle fidelidad.

Sin despedirse ni detenerse un punto, se

lanzó el mozo a recorrer, en poderosa cabalgadura, las diez y ocho leguas interminables que le apartaban del amenazado bien.

Entró de incógnito en su ciudad, y llegó desalado a la querida reja tantas veces testigo de sus ilusiones. La infeliz niña que allí penaba salió a decirle:

—Vestida estoy de boda; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso... No te turbes, amigo, y procura hallarte presente donde tu ayuda y mi lealtad puedan servirnos de rescate.

El comprendió apenas tales razones, trató de reforzarlas con otras, y habló sin tino mientras ella desaparecía de la ventana.

No le fué difícil al doncel entrar en la mansión de Luscinda, y valiéndose del trastorno familiar aparejado al casamiento, deslizóse hasta la cámara donde había de celebrarse la escondida ceremonia.

Desde el hueco de una puerta, entre dos tapices recatado, vió a su pérfido amigo

esperando a la desposada con la servidumbre, a la luz de cuatro hachones.

Luego salió de la recámara Luscinda con sus padres y doncellas, hermosa como nunca, vestida y enjoyada según lo pedían su estado y calidad. Lucía falda y sobrefalda de terciopelo blanco, basquiña acuchillada con raso carmesí, manga de bullón, gorguera de finísimo encaje, toca y chapines primorosos. Pero más resplandecientes que las telas y alhajas del tocado eran los cabellos rubios y los garzos ojos de la joven, sus mejillas de rosa, toda la esplendidez lozana de su belleza.

Mirábala Cardenio embebecido, tan lleno de confusiones, que le parecía estar soñando.

En el momento culminante del desposorio, a la pregunta sacramental del sacerdote, contesta Luscinda débilmente:

—Sí quiero.

Y cae desmayada en brazos de su madre. Había obedecido al mandato paternal, como hija dócil y humilde, mas su corazón,

fiel a los jurados amores, desfallecía bajo la pesadumbre del sacrificio.

Y el hombre que podía ayudarla, el que debía presentarse a reclamar a su esposa, estaba a dos pasos de ella, mudo, inmóvil, petrificado por el asombro y el dolor.

Contaba que Luscinda no daría el sí; creyó que en el instante supremo de la boda se negaría, valiente, a ceder; él, entonces, se hubiera sentido con derecho a rescatar la dicha. Y la elocuencia, el pecho, la espada si fuese menester, dieran allí razones, conquistando el triunfo apetecido.

Sin aquel impulso vindicador, hallóse Cardenio inútil, penetrado de las más obscuras turbaciones. Llegó a pensar que Luscinda se burlaba de él, que no le amaba ni siquiera le compadecía.

Y aprovechando la confusión que se produjo ante el desmayo de la novia, echó a correr como un loco.

Recobró la mula, que había escondido al llegar, y huyó fuera del pueblo, campo

adelante, sin rumbo ni esperanza, reñido con la suerte en una torva desolación.

Caminando así llegó a Sierra Morena, se internó en la montaraz espesura y dióse a vivir como un penitente, cobijado en el hueco de los árboles, socorrido por los pastores, que le tenían por insano.

Moviales a compasión verle en plena mocedad, caduco y sin norte, yendo y viniendo por aquellas soledades como un ánima en pena.

Conocían, por su porte y finas palabras, que era persona de alta condición, y así, más lástima y cuidado tuvieron de él, mirándole a menudo presa de ataques de locura, desesperado y furioso, mientras que otras veces se complacía en trovar o se encerraba en melancólico silencio.

Pronto su elegante ropa ciudadana quedó hecha jirones. Los gregüescos y la ropilla iban dejando sus túrdigas en las jaras; el birrete de plumas, el pulido calzado y la rizada gola, se deshicieron como un soplo en la brava aspereza de aquella vida salvaje.

Descalzo, medio desnudo, con la melena

vedijosa y el rostro marchito, ya no parecía Cardenio el apuesto doncel enamorado de Luscinda...

Ella, entretanto, sufre y llora creyéndose abandonada del único hombre que tiene derecho a su cariño.

Declara que es Cardenio el elegido de su alma y se niega a seguir a don Fernando, rebelde contra el falso esposo cuanto se mostró sumisa con los padres.

Mal se conforma el antojadizo señor; amenaza, se enfurece, lleno de orgullo y de rencores, y Luscinda huye a un monasterio resuelta a esconder su triste juventud en aquel santo refugio.

Mas al cabo de algunos meses descubre don Fernando el paradero de la dama, ronda el sagrado lugar que en el campo se aísla silencioso, y aprovecha un instante propicio para asaltarle con algunos servidores y robar a la que llama su esposa.

Con un antifaz sobre el bellissimo rostro, la ponen a caballo en un sillón y llévanla

camino adelante en el centro de la comitiva, que forman el caballero y sus criados, todos con máscara, lanzas y escudos, bien montados a la jineta.

De tal guisa llegaron a un ventorrillo famoso en aventuras, cerca de Villarrubia de los Ojos, noble tierra de la Mancha.

Aquel día estaba la venta rebosando gente. Habían ya pedido hospedaje, con don Quijote y Sancho Panza, dos grandes amigos de éstos, los cuales, buscando al pobre caballero de la Triste Figura, habían rescatado en Sierra Morena a dos mozos, dama y galán, que en separados rincones de la fronda gemían sus desventuras.

Era él Cardenio, persuadido con buenas razones a volver hacia el abandonado hogar. Era ella una lindísima labradora andaluza, olvidada con pérfida ingratitud por un paisano suyo, hijo de un Duque, y convencida, también, de que debía tornar adonde sus padres la esperaban ansiosos.

Posaban allí estos viajeros con intención de descansar aquella noche y seguir su via-

je, cuando arribó a pedir posada el señor don Fernando con su séquito.

Viéndoles llegar enmascarados, Cardenio, a quien importaba no ser reconocido, fué a encerrarse en el dormitorio de don Quijote, y Dorotea—que así se llamaba la errante labradora—se apresuró a cubrir su rostro.

Ya delante de la puerta venteril descalgaba el prócer con mucha gallardía, y tomando a la dama del sillón, acertó a sentarla junto al gabinete donde se había refugiado Cardenio.

Suspiró ella con muy doliente actitud, y Dorotea, compasiva, llegóse a preguntarla:

—¿Venís enferma, señora? ¿Puedo en algo servirlos?

—No os molestéis—repuso airado el caballero—; esta mujer pagará con desdenes vuestros favores, según tiene por costumbre, y si os contesta será para mentir.

—Sois vos el falso y el mentiroso—dijo entonces Luscinda.

Y apenas resonó la vibrante nota de su palabra lanzó un grito Cardenio desde el próximo escondite.

La embozada se puso de pie con afanosa prontitud y dió algunos pasos veloces hacia la puerta detrás de la cual había sonado la triste voz.

Corrió don Fernando a impedir que la dama penetrase en el misterioso aposento, y en la breve lucha para conseguirlo se cayeron los antifaces de los dos; con lo cual Dorotea vino a reconocer en aquel hombre al hijo del Duque, que le había empeñado su palabra de esposo.

Arrancóse al punto el tafetán que le cubría la cara, y don Fernando quedó aturdido, lleno de vergüenza y confusiones ante la ofendida moza.

Supo ella esconder su quebranto para reclamar justicia y pedir el cumplimiento de la jurada fe, con razones tan elocuentes y humildes, y tales pruebas de cordura y bondad, que don Fernando sintióse conmovido hasta el fondo del corazón.

Los testigos de tan peregrina escena contaron con mucho encomio al caballero la soledad y amargura en que habían hallado a la hermosa muchacha, con los demás

emocionantes pormenores que en otras páginas de este libro se han de enaltecer, y el inconstante señor, arrepentido y generoso, vino a rendirse a la fina lealtad de su primera novia, confirmándola allí mismo la solemne promesa de matrimonio.

Mientras tanto, Cardenio había salido del gabinete y recobraba la mano de Lusinda, afirmándose en el sagrado título de verdadero esposo de la joven.

No sabía ella cómo expresar su gozo al ver al hombre amado resuelto a defenderla, y al oír de su boca el martirio que padeció llorándola. A su vez le refería su odisea en el convento, todas sus inquietudes y angustias, cuanto por guardarle fidelidad había luchado y padecido.

La historia de la dama durante aquellos meses tormentosos, resplandecía como un dechado de constancia y firmeza. Los que la escucharon en tan memorable hora, prometieron no olvidarla nunca, guardarla siempre acogida en «la memoria del corazón», entrañado lugar del espíritu, donde jamás se extinguen los recuerdos.

